Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elcukeroylacmica00scri

EL CUAKERO Y LA CÓMICA,

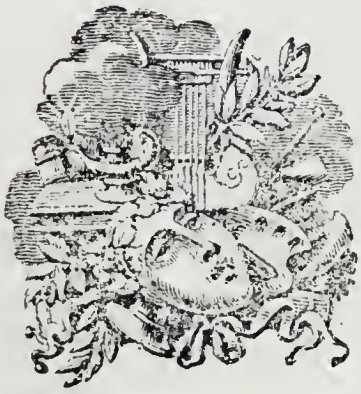
COMEDIA EN DOS ACTOS

ESCRITA EN FRANCES

POR MR. SCRIBE,

y traducida al castellano

POR D. A. G. G.



MADRID.—1867.
LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,
calle de Carretas, núm. 9.

PERSONAS.

JAMES MORTON, Cuákero.
MISS SOFIA BARLOW, Cómica.
ARTUR DARSI, Marqués de Cliford, par de Inglaterra.
MURRAY, su amigo.
TOBI.
UN CRIADO.
DOS LORES, amigos de Darsi.
CRIADOS.

Es propiedad de sus editores los señores Viuda é Hijos de D. J. Cuesta; los comisionados de la galería El Teatro *son los encargados de su administracion.*

Imp. de E. Cuesta, Factor, 14.

ACTO PRIMERO.

La escena es en Lóndres en la casa de Sofía —El Teatro representa un retrete muy elegante, con tres puertas, una en el fondo y dos laterales. A la derecha de los actores la puerta de la habitacion de Sofía. En el mismo lado, hácia el proscenio, un canapé, y en el otro lado una mesa, sobre la cual se ven algunas comedias, escribanía y varios grabados. A los lados de la puerta del fondo dos grandes ventanas.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA, LORD DARSI, MURRAY y dos Lores almorzando. SOFÍA ocupa el centro, DARSI la izquierda, y MURRAY la derecha.

DARSI. No hay mas: en Inglaterra es donde se bebe el mejor vino de Champaña.

MURRAY. Es mucho mejor que en Francia.

DARSI. Por lo menos cuesta mas caro.

SOFÍA. Esa es una razon poderosa.

MURRAY. El vuestro es delicioso.

SOFÍA. Agradecédselo á milord, que es á quien debemos el agasajo.

DARSI. Este es un obsequio; obsequio del todo inútil porque vos, Miss Sofía, la maravilla del teatro de Lóndres; vos, como decia Talma... no me acuerdo en que comedia francesa, teneis para entusiasmarnos medios mucho mas seguros que el Champaña.

SOFÍA. Siempre nos citais la Francia y cosas de Francia! No parece sino que vuestras ideas se han formado en Francia, y que...

DARSI. ¡Oh! mis ideas, mi juicio, todo lo hago yo venir de Francia como el Champaña... en botellas.

717674

TODOS. ¡Bravo, muy bien!

DARSI. ¿No es cierto?... Hoy me hallo con vena... y pues que el fin de la comida es el momento de las indiscreciones... voy á dar parte á mis amigos de mi dicha.

SOFÍA. Yo os lo prohibo.

DARSI. No importa; una comedia francesa dice que la felicidad consiste en hacer felices, y yo sostengo que la dicha consiste en divulgarla á todo el mundo; de otro modo, tanto vale ser feliz como no serlo.

SOFÍA. Milord, os suplico que calleis.

DARSI. Es imposible. (Se levanta.) Mis caros amigos, sabed que yo, Artur Darsi, Márques de Cliford y Par de Inglaterra, me caso secretamente la semana que viene con la cruel, la indomable Miss Sofía, la Lucrecia de nuestros teatros; y os convido á todos á la boda.

TODOS. ¡Será posible! (Se levantan.)

DARSI. ¡Ah! ¡Qué ruido vamos á meter en el gran mundo! Es difícil hallar una ocasion mas á propósito para hacer hablar de uno mismo. A la verdad, no hay cosa mas novelesca ni de mas interés, que un casamiento desigual.

SOFÍA. ¿Un casamiento desigual? (Con altivez.) Milord, vos, halagais mi amor propio...

DARSI. ¿Qué dice?

SOFÍA. Verdad es que prometí renunciar á ser artista, para ser Marquesa; pero esto con ciertas condiciones.

DARSI. No las he olvidado seguramente. Sí durante un año no encontrais ninguno que os agrade, debeis darme la preferencia.

SOFÍA. El año no ha pasado aún.

DARSI. Pero faltan solo cuatro ó cinco dias. Yo confio en vuestras promesas, y no creo que falteis á ellas: ¿es verdad?

SOFÍA. No seguramente; pero pudiera presentárseme alguien á quien yo amara, y entonces...

DARSI. ¿Amar vos á nadie?

SOFÍA. Bien sabe Dios que yo quisiera.

DARSI. Pero si es imposible... Sois demasiado coqueta (y perdonad al Champaña esta franqueza) para llegar á prendaros de veras.

SOFÍA. Si eso es cierto ¿por qué os quereis casar conmigo.?

DARSI. Porque... como toda la juventud de Lóndres os amó; pierdo por vos la cabeza; y he jurado... mas todavía; he apostado que sereis mia de una manera ó de otra, y como de otra no puede ser...

SOFÍA. ¡Milord!

DARSI. ¡Eh! Ya empezais con vuestros arrebatos trágicos. No os enfadeis: todos saben que no sois una artista cualquiera, y que sois tan virtuosa como buena cómica, lo cual es contra las reglas, porque si esto llegara á hacerse de moda, ¿qué seria de nosotros?

TODOS. Tiene razon.

SOFÍA. ¿Qué quereis, Milores?... no es mia la culpa.

DARSI. ¿Será nuestra tal vez?

SOFÍA. Bien puede ser. ¿Qué enemigo he tenido hasta ahora que combatir? En dos años que estoy seguida de adoradores, desde mi casa á los bastidores, y desde estos á mi casa... en toda esa turba arlequinada, cuya petulancia enfadosa me dá compasion, he buscado en vano á quien poder amar... no le he encontrado todavía.

DARSI. Eso prueba que soy yo solo... y como os decia... (Se oye ruido dentro.)

SOFÍA. ¿Qué ruido es ese?

DARSI. Mi berlina que viene á buscarnos para ir á Hide-Parc. Cuento con vosotros para la boda.

TODOS. Lo aceptamos. (Se aumenta el ruido y voces.)

SOFÍA. Pero escuchad.... ¿No ois ruido y gritos?... parece un motin.

DARSI. ¡Que!... Algun desahogo popular, ó tal vez nuestros radicales que se entretienen en romper los vidrios del nuevo ministerio.

ESCENA II.

DICHOS. MORTON.

MORTON. ¿Qué es esto, voto á brios? ¿Algazara por aquí, cuando un hermano vuestro acaba de ser estropeado?

DARSI. ¡Quién! ¿Mi hermano el baron?

MORTON. No, Mister Patrik, un buen mercader de la City, atropellado por una berlina que entraba en esta casa.

DARSI. Es la mia.

SOFÍA. Corred, vivo; que le traigan pronto. (Vase y los dos Lores la siguen.)

DARSI. ¿Y por qué estaba ese bendito allí? mis caballos no pueden andar á otro paso; no están habituados.

MORTON. ¿Y un cochero no puede andar mas despacio?

DARSI. Le matára si tal hiciera.

MORTON. Y yo en su lugar, hermano, ya hubiera dejado á un amo como tú.

DARSI. ¡Atreverse á tutearme!... ¡A mí! ¿Al lord Darsi?...

MURRAY. ¿No conoces en su lenguaje y en su vestido que es un cuákero?

DARSI. ¡Un cuákero!... ¡Ah!... sí...

MURRAY. ¿Que es sin duda un amigo de Mister Patrik?

MORTON. Todos los hombres son mis amigos; y nuestro primer deber, sobre todo, es el de socorrer á los afligidos, quien quiera que ellos sean.

DARSI. ¿Quien quiera que ellos sean?... ¡Ja, ja... (Riéndose.)

MORTON. Estos son al menos los principios del inmortal Ben-Jonhson, nuestro maestro. Si tu noble caballo hubiera sido herido, yo le hubiera cuidado; yo te hubiera cuidado á tí mismo.

DARSI. ¡Cómo!... ¿Compararme con mi caballo?

MORTON. No te debe ofender eso, amigo Darsi: el caballo es un animal noble; un sér útil.

DARSI. ¿Y creeis que no lo sea yo más que él, y tanto como vos?

MORTON. Será así: es posible.

DARSI. ¡Cómo!

MORTON. En esta estancia que decora el lujo con objetos raros y supérfluos, estás convenientemente colocado; y te aprecio, te admiro como un mueble mas.

DARSI. ¡Cómo!... ¿Os atreveis?...

ESCENA III.

DICHOS, SOFÍA Y UN CRIADO.

SOFÍA. No será nada, yo lo espero. Le he hecho traer á una pieza cerca de mi habitacion, y el médico va á venir.

MORTON. Bien, muy bien. ¡Ah! ¡Eres bella!

SOFÍA. ¿De veras?

MORTON. Un cuákero dice siempre la verdad.

SOFÍA. No te pareces entonces á estos señores. Yo te lo agradezco.

MORTON. Pues eres la dueña de la casa, envia á uno de tus criados al Struand, segunda tienda, á la izquierda, casa de Patrik, el mercader, y que digan á su hija... no, tal vez se asustaria: que digan solamente á Tobi su mancebo lo que acaba de suceder, y que venga inmediatamente á vernos.

SOFÍA. ¿Habeis oido? (Al criado.)

MORTON. Ve, amigo, yo te lo agradeceré, y te recompensaré. (Váse el criado.)

DARSI. ¡Bien!... ¡El manda aquí como en su casa!

SOFÍA. Y hace muy bien. A fé que es cosa muy divertida un cuákero... yo no habia visto de cerca á ninguno, y me alegro de conocer este... nos divertirá.

MORTON. A primera vista habia creido... me he engañado... fútil como las demás.

SOFÍA. ¡Fútil!... eso no es fino. Ya veo que es buena especulacion meterse á cuákero, porque se adquiere el privilegio de decir á cada uno lo que se siente sin riesgo ni peligro; y es un modo, como otro cualquiera, de hacer papel en el mundo.

MORTON. ¿Es ese tu modo de pensar?... Lo siento: tenia mejor opinion de tí.

SOFÍA. ¿Por qué?... Cada uno en el mundo representa su papel... Tú has escogido el de cuákero.

MORTON. ¡Yo!... ¿Representar un papel? Yo he estudiado los principios del inmortal Ben-Jonhson; procuro ponerlos en práctica y ser un hombre de bien; nada mas.

SOFÍA. ¡Hombre de bien!... Pues... lo que yo decia... un papel original... y vos, Milord, á quien gusta tanto lo raro y estravagante, si os hiciéseis cuákero?

DARSI. ¡Yo!...

SOFÍA. Sería cambiar de locura.

MORTON. ¿De locura?... ¿Qué quieres decir?

SOFÍA. Ja, ja... Filósofo, te has picado, y tú tienes la culpa por no haberme dejado acabar mi frase. Queria decir á Milord, que si se hiciera cuákero, filósofo, sábio, acaso llegaria yo á amarle...

MORTON. Sí, pero una vez filósofo y sábio, él fuera quien dejara de amarte.

SOFÍA. Milord cuákero, no perdais de vista que estais en mi casa.

MORTON. Tú tambien te has picado ahora.

SOFÍA. Tienes razon: yo te perdono, y no sé á la verdad por qué me habias de haber tratado mejor que á estos señores... ¿A mí, que en resumidas cuentas no valgo mas que ellos?

TODOS. ¡Ah, Sofía!...

SOFÍA. Y para probarte que tengo buen genio, te convido á cenar esta noche con nosotros; lo aceptas?

MORTON. No.

SOFÍA. ¡Eres muy galante!... ¿Y por qué?

MORTON. He dicho que no.

SOFÍA. Ya... bien lo oí; pero esa palabra me ha picado tanto mas cuanto que no estoy acostumbrada á escucharla. Pero dígnate al menos esplicarnos, siempre que Ben-Jonhson y tus principios te lo permitan... (Sale un criado.) ¿Qué hay?

CRIADO. He hecho lo que me mandásteis, y el mancebo

está ya con su amo: me ha dicho que quiere hablaros en particular.

MORTON. Voy.

SOFÍA. No, nosotros os dejamos; y hasta que ese pobre hombre pueda ser trasportado á su casa, decidle que la mia es suya y de sus amigos.

DARSI. ¡Tratarle así cuando os ha despreciado!

SOFÍA. No estoy ofendida por eso.—Vive cerca de tu amigo; yo le dejo á tu cuidado, y espero que pronto me darás noticia de su salud. ¿Me lo prometes?

MORTON. Yo no prometo nada: esta es nuestra primer regla. Yo no prometo jamás; pero cumplo, que es mejor.

SOFÍA. Al revés hago yo.

MORTON. ¿Y tú me lo avisas?

SOFÍA. Porque te coja prevenido. Adios, cuákero. ¿Somos amigos?

MORTON. Adios. ¡Es lástima!... (Mirándola.) ¡El fondo era bueno!

SOFÍA. Vamos, siempre es algo; gracias.—Darsi, procurad indagar quién es ese hombre tan raro.

DARSI. Teneis razon: es preciso informarnos, porque él nos ha de divertir; y yo voy inmediatamente...

SOFÍA. Bien, bien.—Señor cuákero, tengo el honor de... ¿Tus principios no te permiten saludar á nadie?

MORTON. No.

SOFÍA. Vamos, trabajo ha de costar civilizarle, pero por mia la cuenta... Adios.

ESCENA IV.

MORTON, EL CRIADO.

MORTON. A ese jóven que me espera, dile que puede entrar.

CRIADO. Voy... Vuestra señoría...

MORTON. Oye: tú me has servido y es muy justo pagarte. Toma. (Saca dos monedas y se las dá.)

CRIADO. ¡Dos guineas!... ¡Para un cuákero!...

MORTON. Vé pronto.

CRIADO. Gracias... Crea vuestra señoría que...

MORTON. Bien, bien. Pero escucha, amigo: no me digas otra vez vuestra señoría... dí mas bien vuestra esclavitud, porque los hombres no son señores de nada, y sí esclavos de sus pasiones.

CRIADO. Sí señor... Vuestra Seño... quiero decir... señor cuákero...

ESCENA V.

MORTON, TOBI.

TOBI. ¡Ah, señor Morton, que desgracia!

MORTON. ¡Qué! ¿está peor Patrik?

TOBI. No, señor: acabo de verle, de abrazarle; no tiene nada, gracias á Dios, mas que algunas contusiones. Pero ya os podeis figurar, como es viejo, el susto, el trastorno... Así es que el cirujano, que acaba de sangrarle, no ha mandado otra cosa sino que le dejen reposar.

MORTON. Con eso puedes prevenir á su hija, á la pobre Beti, que te quiere tanto.

TOBI. Ella, sí... bien lo sabeis, vos lo advertísteis primero; y yo... no me hubiera atrevido á creerlo. Juzgad de mi sorpresa, cuando ayer el señor Patrik, que es tan rico como avaro, aunque un buen hombre por otra parte, me dijo: Tobi, tú no eres mas que mi primer mancebo; no tienes un chelin de renta ni de capital; además, no eres nada buen mozo.

MORTON. Todo eso es verdad.

TOBI. Por otra parte, mi Beti es la mas bella muchacha de la ciudad, y los mas ricos comerciantes me la piden en matrimonio: pues bien, yo te la doy, porque el cuákero Morton te estima y responde de tí.

MORTON. Es verdad, yo respondo: pobre y miserable has sido siempre hombre de bien... y aunque favorecido por mí, he creido que como todos los demás me serías ingrato...

TOBI. ¡Qué!... ¿Yo?... jamás.

MORTON. Aunque lo fueras no me cogeria de sorpresa, ni me estorbaria hacer por tí cuanto pudiese.

TOBI. ¿Y por qué?

MORTON. Si hubiera de contar uno con el agradecimiento de los demás, rara vez seria generoso, mas vale hacer ingratos que desgraciados. El bienhechor debe imitar al beneficiado: olvidar pronto lo que dió, como se olvida lo que se recibe.

TOBI. ¡Hombre generoso, mi bienhechor!

MORTON. Dí, mi amigo, y piensa que esta palabra lo encierra todo. ¿Cuando es la boda?

TOBI. Precisamente sobre eso es sobre lo que yo vengo á consultaros. Se ha fijado para pasado mañana...

MORTON. ¡Pasado mañana!...

TOBI. Sí señor; y... hé aquí lo que me trae afligido, y no me atrevo á decirlo á nadie, porque despues de todo lo que habeis hecho por mí, es una ingratitud atreverme á ser aun desgraciado... Perdonadme; pero si no os dijese la verdad, no seria digno de vos, ni del señor Patrik, y sobre todo de la pobre Beti, por quien daria la vida; que me quiere mucho, y á quien yo amo de todo corazon.

MORTON. Pues entonces, ¿qué puede afligirte?

TOBI. ¿Qué!... Qué se me figura que amo á otra mas que á ella.

MORTON. ¡Cómo! ¿quién es esa otra?

TOBI. Lo ignoro.

MORTON. ¿Donde está?

TOBI. No sé.

MORTON. Amigo Tobi... tú estás loco.

TOBI. Eso me temo yo. Debe ser alguna bruja, alguna hechicera, el genio malo, en una palabra; porque cada vez que la veo, me acontece alguna desgracia.

NORTON. ¿Y qué clase de relaciones han existido entre ella y tú? ¿Dónde la conociste?

TOBI. Habrá tres años en el pueblo donde yo tenia un empleillo de colector de diezmos. Todo lo dejé por venir á Lóndres con ella, con Catalina... Cata-

lina se llamaba... ¡y era tan linda!... ¡Oh! muy linda, sí señor; y esa fué mi desgracia, porque perdí la cabeza, y cuando yo hubiera querido hacer su fortuna, miré alrededor mio, y me encontré pobre, desgraciado, miserable... próximo á morir de hambre ó de desesperacion... Hé aquí como me encontrásteis en las calles de Lóndres... Vos sabeis...

MORTON. Sigue, amigo: te he dicho que no me hables de eso mas.

TOBI. En fin, señor Morton, vos habeis hecho mi felicidad. Vuelto por vos á la vida; acomodado en la casa de un rico comerciante, olvidé por algun tiempo mi desgracia: me esforcé en ser dichoso, aunque no fuera mas que por gratitud: y luego la pobre Beti es tan amable... hubiéramos hecho un buen matrimonio... ¡Oh! sí... estoy bien seguro... yo hubiera sido un hombre de bien, un buen marido... Pero hace tres dias que al volver una esquina encontré en un soberbio landó, una mujer hermosa cubierta de plumas y de brillantes. Era Catalina... Catalina que habia desaparecido, y á quien no habia vuelto á ver. Quiero gritar y enmudezco; quiero correr y mis piernas flaquean; caigo sin conocimiento; me llevan á la tienda, y cuando volví en mí, encontré á mi lado á Beti, que me asistia. ¡Pobre niña!... Ella me frotaba las sienes con agua de colonia, y viéndome á la mañana siguiente todavía triste; me dijo: señor Tobi, es preciso que os distraigais; podeis ir al teatro. Fuí en efecto; pero yo no sé como fué ello, que me dormí á lo mejor; cuando hé aquí que un ruido como de aplausos me despierta: miro: una porcion de comparsas salen por todos lados, y entre ellos... una mujer cubierta de oro y de brillantes... una reina... una... era Catalina!

MORTON. ¡Catalina!

TOBI. Sí señor; la misma que salia á hablar delante de un numeroso concurso, cuando otro tiempo era

tan tímida, que no se atrevia á mirar á nadie, de miedo de perder su estimacion.

MORTON. ¡Pobre muchacho... una ilusion de tu fantasía.

TOBI. Eso debe ser sin duda, y eso es lo que me digo para consolarme. Mi imaginacion está exaltada; pero sin embargo, cuando la señorita Beti me ama de todo corazon, yo no puedo quererla sino á medias, y esto no sería justo; ¿es verdad? Por último, en vez de casarme, yo voy á sentar plaza.

MORTON. ¿Y crees?...

TOBI. Hace mucho tiempo que deseaba matarme sin haber encontrado motivos para escusarme con vos... Mas ya os he visto, os he avisado, y nada tengo ya sobre mi conciencia... ¿Es cierto que vos no me quereis ver sufrir? ¡Ah! yo no tengo otro delito que ser desdichado. Adios, señor Morton, consolad á Beti; voy á hacerme soldado.

MORTON. ¿Tú soldado?

TOBI. Sí; me voy á batir contra los indios.

MORTON. ¿Contra los indios? ¿Los aborreces pues? (Tomándole una mano despues de un instante de silencio.)

TOBI. ¡Qué! no señor... pero en la guerra, está uno allí... dispara uno su fusil, así sin ódio, ni rencor... y las balas van ó vienen;... y... pues...

MORTON. Pero el indio á quien tendrás en frente de tí y contra el cual dispares tu fusil, tal vez tendrá tambien una amiga que sienta perderle, como tú sientes haber perdido á tu Catalina.

TOBI. ¿Creeis que tendrá aquel indio una amiga?

MORTON. ¿Y por qué no ha de amar él como tú? ¿O por qué fatalidad ha de morir él porque tú hayas perdido á tu querida?

TOBI. Es verdad: yo no habia reflexionado... Lo mismo es: dejadme ir á la guerra, que yo os prometo no matar á nadie, y hacer lo posible porque me maten á mí.

MORTON. ¡Ah, Tobi!... tú no tienes valor. ¿Tú no sabes que el hombre debe pasar por todas las pruebas, por todas las penas, sin ser un momento com-

pletamente feliz?... Sigue mi ejemplo; las pasiones nada pueden sobre mí, porque soy cuákero.

TOBI. ¿Y el ser cuákero es un remedio contra el amor?

MORTON. Seguramente... Así he aprendido yo á vencerme y á moderar un carácter impetuoso, que de otro modo me hubiera llevado á cometer los mayores escesos. Me acordaré siempre de aquel pobre Seimur!... Seimur, el compañero de mi infancia... ¡Ah! por una disputa, un desafío, lo que llaman el honor ofendido... En fin, yo le ví caer á mis piés moribundo; y desde aquel dia los hombres, sus leyes, sus preocupaciones, todo lo miro con horror. Desde entonces he estudiado y profesado los principios de Ben-Jonhson, que nos enseñan á triunfar de nosotros mismos y de nuestras pasiones.

TOBI. ¡Ah! si yo lo hubiera sabido... Pero ya no es tiempo: el mal está hecho.

MORTON. Siempre es tiempo de volver á la razon. Vé á buscar á Beti, que venga á ver á su padre; yo les hablaré á los dos; haré que se retarde el casamiento algunos meses: entretanto yo me encargo de curarte... te leeré todos los dias á Ben-Jonhson y su doctrina.

TOBI. Como querais: yo me resigno á todo.

MORTON. Bien; pero prométeme vivir: yo lo quiero.

TOBI. Nada os puedo negar... y solo por vos consiento...

MORTON. Yo te lo agradezco.

TOBI. No hay de qué, señor Morton... quedad con Dios... ¡Ah! ¡Qué hombre tan bueno!

ESCENA VI.

MORTON, despues SOFÍA.

MORTON. ¡Insensato! ¡Abandonar su corazon á tal delirio! es digno de lástima, pues la culpa no es suya. ¡Oh Ben-Jonhson!... él no te conocia. (Se sienta junto á la mesa abre el libro y lee.)

SOFÍA. Todavía aquí... Está solo y tan ocupado en su lectura que ni siquiera ha reparado en mí. (Sen-

lándose en el canapé.) ¡Bella cabeza de dibujo! Cabeza de filósofo; y con todo, como una quisiera, se habia de trastornar esa cabeza como cualquiera otra... No dejaria de tener gracia el hacer que sucumbiera un grave discípulo de Ben-Jonhson. Probemos. ¡Eh! ¡eh!... (Tose ligeramente y hace un ruido con el taburete que tiene en los piés. Viendo que no le oye le dirige la palabra.) ¿Señor cuákero?

MORTON. ¡Ah! ¿Eres tú? No te habia visto.

SOFÍA. De eso mismo pudiera agraviarme... ¿Cómo sigue nuestro enfermo?

MORTON. Mejor: acaban de sangrarle y está descansando. Yo te doy en su nombre y en el de su familia...

SOFÍA. No te oigo desde tan lejos. Si quieres que te escuche, trae una silla y siéntate aquí... cerca de mí...

MORTON. Bien... aquí estoy.

SOFÍA. Perdona... contigo, que eres la misma franqueza, no debo andar con etiquetas. Tengo los nervios cruelmente agitados... una jaqueca terrible... ¿Permites?... ¿No es verdad?... Y bien... decias...

MORTON. Te decia que... (Mirando al gabinete.)

SOFÍA. ¡Ah! ¿Observas mi gabinete? ¿Qué te parece?

MORTON. Para el uso que de él haces, (Despues de haberlo mirado con flema.) muy bien.

SOFÍA. ¡Cómo! ¿Qué quieres decirme? ¿Qué uso hago yo de él?

MORTON. ¿Quieres saberlo ?Pero cuidado que soy cuákero, y que mis principios me ordenan, sobre todo, ser sincero.

SOFÍA. ¿Y bien?

MORTON. ¿Y bien? tú haces de este gabinete un trono de vanidad; has aglomerado en él los mas bellos adornos, con el único fin de halagar el orgullo de tu corazon, diciéndote á tí misma interiormente: «Yo soy aun mas bella todavía.»

SOFÍA. Pues mira, yo soy tambien sincera: no has dejado de acertar en parte.

MORTON. Y cuando veo en este momento tantos encantos, tanta hermosura...

SOFÍA. ¡Hola!... ¿Piropos, señor cuákero?

MORTON. Sí; todas esas dotes que halagan tu orgullo, me hacen gemir.

SOFÍA. ¡Gemir!...

MORTON. Y me digo con dolor... ¡Cuánta riqueza, cuántos tesoros perdidos!

SOFÍA. Es una leccion de moral. Continúa.

MORTON. De buena gana. Tú eres noble, eres rica, y una mujer de tu rango y de tu nacimiento...

SOFÍA. ¿Por quién me tienes tú?

MORTON. Por una gran señora; alguna duquesa... ¡Qué sé yo!

SOFÍA. Poco á poco... entendámonos... yo seré franca, porque al fin no quiero que te quejes de engaño, si algun dia llegares á verte á mis piés...

MORTON. ¡Yo!... ¡Oh Ben-Jonhson!...

SOFÍA. Y el mismo Ben-Jonhson tal vez. Todo puede suceder. Pero no quiero que suceda en equivocados conceptos. Desde mañana, si quiero, puedo ser duquesa, esposa de un Par de Inglaterra, pero no quiero. ¿Lo has oido? No quiero: tengo vanidad de preferir mi actual estado.

MORTON. ¿Quién eres, pues? Princesa tal vez.

SOFÍA. Un grado mas. . Reina del teatro.

MORTON. ¡Dónde estoy!... ¡Qué es lo que oigo!... (Se levanta.)

SOFÍA. Cuidado, milord cuákero; voy á creer que la filosofía no es en tí otra cosa que una vana palabra; que no estás de acuerdo contigo mismo, y que eres un pretendido sábio, esclavo, como los demás, de las mas necias preocupaciones.

MORTON. ¡Yo preocupaciones!

SOFÍA. ¿Por qué quieres entonces huir de mí? Una gran señora, solo por una gran señora, habria de ser mas á tus ojos, que una cómica, sean cuales fuesen las circunstancias de esta? ¿Respetarias tú las vanas casualidades de la cuna?

MORTON. No, seguramente.

SOFÍA. Pues bien; entonces acércate... acércate, filósofo, por el honor de tus principios ó no creeré en ellos.

MORRON. Tienes razon.

SOFÍA. Mas cerca aun, y escúchame. A pesar de tus ideas, bien puede ser que una cómica sea virtuosa: yo lo soy; te lo juro: y bien puedes creerme, que si otra cosa fuera, no tendria reparo en confesártelo... Ahora bien; si rodeada de homenajes, de elogios, de seducciones de toda especie, he sabido resistir y conservar pura mi virtud, ¿crees tú que no tengo mas mérito que las que no se han hallado en ocasion de defenderse?

MORTON. Seguro.

SOFÍA. ¿Crees que esta ciencia no es mas difícil y gloriosa que la tuya? ¿Tú, en quien la indiferencia tiene lugar de virtud?... Tú, que encerrado en las altas regiones de la filosofía, no has dejado penetrar hasta tí pasiones que no conoces? Soldado que te proclamas vencedor sin haber combatido. ¡Ah! si tu corazon hubiese conocido los encantos ó los tormentos del amor; si víctima de una pasion frenética hubieras sabido triunfar y vencerte á tí mismo, entonces podrias hablar de tu valor y de tu sabiduría; pero entretanto reconoce nuestra superioridad... estudia, enciérrate con tus libros; pero no te vanaglories de nada.

MORTON. Tú tienes una idea falsa de la sabiduría: huir de los peligros es ya un mérito.

SOFÍA. Sí, el mérito de una estátua, que como tú, nada siente, nada esperimenta.

MORTON. Te engañas: nosotros tenemos corazon, tenemos ojos.

SOFÍA. ¿Si?... No lo hubiera creido... ¿Y qué te dicen tus ojos? ¿Qué te parezco yo?

MORTON. Mujer, eres coqueta.

SOFÍA. No digo que no: esto es lo que nos defiende de vosotros.

MORTON. Y yo me olvidaba del enfermo, (Aparte. mirándola.) que me espera... voy.

SOFÍA. No, no te irás.

MORTON. ¿Por qué?

SOFÍA. Tengo que hablarte aún... (Espera... titubea... bueno... no se irá... yo lo aseguro.) (Morton se queda inmovil, da un paso hácia ella; al fin se resuelve, y entra en el cuarto de Patrik.)

ESCENA VII.

SOFÍA. Sentada en el canapé.

¡Cómo!... ¡Se va!... ¡Se va!... Y no vuelve... Se encierra... ¡Ah! Esto es ya demasiado... ya estoy picada... ya está en juego mi amor propio... y no ya por pasatiempo, sino por pundonor me hallo comprometida á humillarle... pero para atacar y vencer al enemigo, fuerza es conocerle... Veamos á Darsi y sepamos á fondo quien es ese cuákero singular.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

SOFÍA, DARSI.

SOFÍA. ¡Con cuánta impaciencia os aguardaba, milord!

DARSI. Favor que me haceis. Aquí os traigo los artículos de nuestras capitulaciones matrimoniales, que quiero que repaseis...

SOFÍA. Bien, bien; no se trata ahora de eso... ¿Os habeis informado, como os encargué, de quien sea ese cuákero?

DARSI. ¡Qué! Es un loco si los hay.

SOFÍA. ¿Su nombre?

DARSI. James Morton, hijo del famoso William Morton, aquel banquero tan rico, que nunca supo todo lo que tenia. Pero su hijo, es otra cosa; creo que pronto lo sabrá de fijo.

SOFÍA. ¡Cómo! ¿Es algun disipador?

DARSI. Sí; pero de un modo particular. Libre, dueño á los veinticinco años de todas las riquezas de su padre, en lugar de tener caballos, coches, lujo... en fin, lo que se llama vivir, porque esta es la vida, se ocupa solo con sus libros; con el estudio; de modo que se puede formar de él, no digo yo un profesor, sino tres profesores de la universidad de Cambridge.

SOFÍA. ¿Y es esa su única ocupacion?

DARSI. Tiene otra mucho mas rara. Sale siempre solo, á pié, llenos de oro los bolsillos, y se pasea de no-

che y dia por las calles de Lóndres. ¿Encuentra un artesano sin trabajo, un vagabundo paseándose á la orilla del rio?... un jugador perdido, buscando lo mas profundo del Támesis para dar una zambullida?... Le detiene el paso, y que quiera que no, le hace sufrir, despues de haberle socorrido, un discurso sobre los funestos resultados de la desesperacion... y esto es atentar contra uno de nuestros derechos.

SOFÍA. ¿Cuál?

DARSI. La facultad que cada inglés tiene de ahogarse en el Támesis dónde y cuando le parezca. Ultimamente le encontraron en la cárcel de Newgate en medio de una cuadrilla de vagabundos y ladrones, subido en una mesa haciendo una disertacion sobre la probidad. Cuando estaba en lo mas interesante del primer punto, echó de ver que le habian robado la tabaquera de oro.

SOFÍA. ¡Admirable!

DARSI. Pero él, sin desconcertarse, «amigos, les dijo, he visto que uno de vosotros tenia necesidad de tabaco, y esto le ha impedido prestar á mi discurso la atencion que debia. Para que esto no suceda otra vez, os suplico tomeis cada uno una guinea...» Lo hizo como lo dijo, y como el auditorio era numeroso, no le costó el hacerse oir menos de doscientas guineas; pero tampoco ha sido escuchado nunca ningun predicador con mas respeto y recogimiento.

SOFÍA. Un sermon que le costó caro.

DARSI. Ya lo creo: doscientas guineas... Así es que le idolatran todos los pillos, y haria de ellos lo que quisiera: lo mismo que de muchos hombres honrados. ¿Qué os parece su locura?

SOFÍA. Locura ó no... no deja de interesar...

DARSI. ¡Ah! ¿Os interesa?... Pues á mí me hace reir... —Pero leamos el contrato.

SOFÍA. Tenemos tiempo, «Ante mí... lord Darsi, marqués de Cliford, etc.» ¿Y no se le conoce ningun amor?

DARSI. ¿A quién?

SOFÍA. A ese cuákero.

DARSI. Ninguno. El no ha amado jamás sino... al género humano. Con treinta años, una figura que no es muy mala para cuákero; sobre todo, con su inmensa fortuna, ya os podeis figurar que las principales familias de Lóndres y las señoritas solteras habrán desplegado todos los resortes de la coquetería... pero en vano, todo ha sido inútil. Es una conquista reconocida imposible.

SOFÍA. ¡Imposible!... Eso lo veremos.

DARSI. ¿Cómo?... Imaginais...

SOFÍA. Mas todavía, he empezado ya.

DARSI. ¡Delicioso, magnífico!... Nos vamos á reir á su costa El proyecto es digno de vos, y yo quiero entrar tambien en el complot. ¿Con que ya le habeis medio conquistado?

SOFÍA. Sí, pero con sus principios austeros, por huir de mí se ha encerrado en esa habitacion.

DARSI. ¡Malo!

SOFÍA. No, sino bueno. Sus principios resisten mal, supuesto que para defenderlos ha tenido que guardarlos bajo de llave. Lo difícil es hacerle salir de sus atrincheramientos... ¿Cómo haríamos que volviese?

DARSI. ¿Quereis que yo le llame?

SOFÍA. No, no: es preciso que venga sin que nadie le diga palabra. Oid...

DARSI. ¡Oh! una idea me ocurre... Declamad cualquier trozo de vuestros papeles trágicos... Es imposible que resista á la mágia de tan poderosos acentos.

SOFÍA. ¡Ah! un paso de Ariadna abandonada: á ver...

«Huyes ingrato, y en dolor sumida
dejas á esta infeliz... huyes, y el cielo
no lanza airado vengadora llama
que te consuma... ¡Infiel! este es el pago
de tanto amor como en mi tierno pecho
ardió por tí, y abandonada y triste
me dejas ¡ay! en estranjera playa!...

Vuelve á mi seno que sin fin te adora,
vuelve, y consuela el velador tormento
de esta infeliz que tu perfidia llora.»
¿Viene?

DARSI. No.

SOFÍA. Es sordo tambien... todas las cualidades...

DARSI. Nada oigo... Seguid.

SOFÍA. «Mas no me escuches, no... que ya los dioses
el rayo aprestan... proceloso brama
el furibundo mar, y cien abismos
van á tragarte y á vengar mi ultraje.
¿Oyes el trueno resonar?... ¡Ay!... Tiembla
que Jove ya mi imprecacion ha oido...
baja á la tumba, baja, eternamente
del cielo y de los hombres maldecido.»
(Se entreabre la puerta.)

DARSI. Ahí está... ¡Oh poder de Melpómene!...

ESCENA II.

DICHOS, MORTON, entreabriendo la puerta con precaucion. Se adelanta á media voz.

MORTON. Callaos, callaos, por Dios.

SOFÍA Y DARSI. ¡Cómo!

MORTON. Estais haciendo un ruido que va á despertar al pobre Patrik... porque está durmiendo, y vengo á suplicaros.

SOFÍA. ¿Y por eso os habeis tomado la molestia de venir?

MORTON. Seguro. Ya te he prevenido... Adios.

SOFÍA. Buscad un medio de detenerle, (Aparte á Darsi.) No se nos escape otra vez.

DARSI. No tengais cuidado.—¿Señor Morton?

MORTON. ¡Cómo!... ¿Sabes tú mi nombre?

DARSI. ¿Quién no lo sabe? Nadie ignora que sois el hombre mas amable de Inglaterra... Yo tengo que pediros un favor...

MORTON. ¡Un favor!... ¿Y bien?... Dispon de mí... Yo á la verdad, no te estimaba, no: seguramente que no me agradabas nada... pero ¿necesitas de mí? ya soy tu amigo. ¿Qué quieres?

DARSI. Voy á casarme con Miss Sofía.

MORTON. ¡Es posible!

SOFÍA. Sí, ciertamente... ¡Oh! Milord no es cuákero; no tiene preocupaciones... ¿Te incomoda esta boda?

MORTON. Te doy la enhorabuena. (A Darsi friamente.)

SOFÍA. ¿De corazon?

MORTON. Sí... á él. (Mirándola con flema.)

SOFÍA. Y á mí tambien... Tú ya me querrás dejando de ser cómica... Seré una gran señora, y como tú amas á las grandes señoras...

MORTON. ¡Yo!

SOFÍA. Sí, tú las amas; y como yo voy á ser marquesa...

MORTON. Marquesa ó no marquesa, siempre serás...

SOFÍA. ¿Qué?

MORTON. Siempre la misma.

SOFÍA. ¿Y qué soy yo?

MORTON. No te lo puedo decir... no sé por qué... Pero tienes cierta cosa en tu voz, en tus miradas, que me irrita... que me pone furioso; lo que no me ha sucedido jamás.—Pero tú, (A Darsi.) habla... ¿qué me quieres?

DARSI. Ya tengo mis testigos para el contrato y la ceremonia; pero Sofía no tiene ninguno aun.

SOFÍA. Si tú quisieras serlo...

MORTON. ¿Yo?...

SOFÍA. ¿Por qué no?

MORTON. Tú me conoces de hoy solamente.

SOFÍA. Ha sido lo bastante para estimarte, apreciarte y pedirte un favor.

MORTON. Por lo regular la incumbencia que exiges de mi toca á los parientes.

SOFÍA. No los tengo; soy huérfana; no he conocido otra familia que Mistris Mowray, una maestra en cuya casa estuve de pensionista.

MORTON. ¿Mistris Mowray? Yo he conocido una maestra de este nombre en Cantorbery.

SOFÍA. Es la misma.

MORTON. Bien; en tal caso, favor por favor: yo tengo uno que pedirte. Supuesto que has estado en esa casa,

¿has conocido habrá unos siete ú ocho años una jóven á quien llamaban Miss Barlowe.

SOFÍA. ¡Miss Barlowe!... Sí... mucho... ¿Pero qué interés tomas por ella? Dímelo, te lo suplico.

MORTON. Un defecto mas... eres curiosa. Pero desgraciadamente para tu curiosidad la historia que voy á contarte no tiene nada de estraordinario ni interesante.—Habrá unos diez años, poco mas, cuando hice mi primer viaje por el Continente: llegué en medio del dia á Cantorbery, y segun costumbre, mientras cambiaban nuestros caballos, una porcion de pobres rodearon mi berlina. Les tiré un puñado de monedas, á las cuales se arrojaron inmediatamente, menos una niña como de nueve á diez años, que cubierta de harapos se detenia á un lado llorando. Yo me bajé, me acerqué á ella, y le ofrecí una moneda de oro. Guardadla, me dijo, señalándome á los demás pobres; ellos me la quitarian.—¿Por qué? Soy sola en el mundo, me contestó: tengo hambre, tengo frio, y yo no tengo padre.—Aún le tienes, repuse: ven... y la llevé conmigo.

DARSI. ¿Sin otra informacion.... sin otro motivo?...

MORTON. Tenia frio... tenia hambre. (Seco.)

SOFÍA. ¡Ah! continúa: yo te lo suplico.

MORTON. Mi primer pensamiento fué subirla en mi berlina. ¿Pero qué habia de hacer de una niña durante un viaje tan largo?... ¿Cómo cuidarla y educarla?... Yo... que camino siempre solo... estaba en medio de la calle muy embarazado de ella, y de mí mismo, cuando levanto los ojos y veo escrito sobre una gran puerta cochera: «Pupilaje de jóvenes señoritas. Mistris Mowbray, institutora etc.» Entro, pregunto por la directora, la confio mi jóven protejida, y la suplico que me la eduque como á una princesa, dándole el nombre de Miss Barlowe, una parienta que yo habia tenido. Pagué cuatro años adelantados, que era precisamente el tiempo que debia estar ausente; y muy contento con mi aventura, volví á subir en

la berlina. Aquella noche llegué á Dowres, y despues he recorrido toda la Europa.

DARSI. ¿Y no habeis vuelto á tener noticias de ella?

MORTON. Una vez á los cuatro años, á mi vuelta, quise ver por mí mismo...

DARSI. ¿Sí habia hecho progresos?...

MORTON. ¡Y cómo si los habia hecho!... muy grandes... Habia desaparecido un año antes con su maestro de bellas letras, á las que parecia haberse dedicado con suma aficion.

DARSI. Perfectamente. No aguardaba yo semejante desenlace.

MORTON. Ni yo.

SOFÍA. ¿Y tratais sin duda de averiguar su paradero para vengaros?

DARSI. ¿Para castigarla?

MORTON. No, amigo; para ofrecerla mi auxilio y mis consejos, porque ahora necesita de ellos mas que nunca.

SOFÍA. ¡Ah, que esceso de bondad!

DARSI. ¿Qué teneis?

SOFÍA. ¡Yo!... nada... Dejadnos solos por (A media voz.) favor un momento...

DARSI. ¡Estais alterada!...

SOFÍA. ¿Quién?... ¿yo?...

DARSI. ¡Ah! ya entiendo; es una estratagema. Bien, muy bien: una emocion á tiempo... Ya os dejo: luego volveré á saber el resultado.

ESCENA III.

SOFÍA, MORTON.

SOFÍA. Gracias á Dios que se vá... ¡Ah, señor!... cómo podré esplicar lo que ha sufrido mi alma durante vuestra narracion!... ella me interesa mas de lo que podeis pensar... Esa desgraciada huérfana, que lo debe todo á vuestra generosa proteccion, está cerca de vos; soy yo.

MORTON. ¡Cómo!... (Vivamente y con emocion.) ¡Ah! ¿eres tú? (Tomando el carácter frio.)

SOFÍA. Me hablais con esa frialdad cuando yo esperaba...

MORTON. Sí, tu debias acabar como habias empezado... Ya no tienes necesidad de mí.

SOFÍA. Mas que nunca. Dignaos escucharme. Yo debo daros por vos y por mí misma algunas esplicaciones, que tal vez os probarán que me habeis juzgado con demasiada severidad.

MORTON. Lo deseo... Habla.

SOFÍA. Si os acordais del modo con que fuí presentada por vos á Mistris Mowray; el vestido que me cubria cuando entré en su casa, os podeis figurar el mal tratamiento y el desprecio que recibiria de parte de mis compañeras, jóvenes, todas ricas y de alto nacimiento, que se hubieran afrentado de concederme su amistad. Todas huian de mí; me llamaban la mendiga. ¡Cuántas humillaciones, cuánta afrenta!... Yo me hice tanto mas sensible, cuanto que la educacion, que, gracias á vos, recibia, elevaba mi alma y desenvolvia mi espíritu; y sentia ya para con las personas de la alta aristocracia aquel desprecio que ellas llaman en mí indiferencia, orgullo... no, que es venganza, en fin, ¿qué podré deciros? Yo fuí tan desgraciada, durante tres años, que llegué á echar de menos la abyeccion de que me habiais sacado... La libertad, aun en medio de la miseria, me parecia el primero de todos los bienes... Pero no sabiendo donde escribiros; no sabiendo el paradero de mi único protector en la tierra; no pudiendo, en fin, participaros el estado de afrenta y esclavitud en que vivia, determiné escaparme... Un solo medio se me presentó... Yo tenia entonces quince años, y anunciaba disposiciones para la declamacion. Sir Hugo, que era mi maestro de bellas letras y que parecia interesarse por mí me propuso huir con él, y me prometió ponerme en un estado libre, independiente; yo no oí mas

que esta última palabra, acepté y abandoné la casa, no como os han dicho con un seductor, porque tenia Sir Hugo mas de sesenta años, y además tenia conmigo otras miras, que no tardé en conocer.

MORTON. ¿Cómo?

SOFÍA. Me condujo á una quinta quince leguas de Lóndres, donde me dediqué á la declamacion. Allí no se recibia á nadie mas que uno de los principales lores de Inglaterra, muy viejo, pero rico en estremo.

MORTON. ¡Qué horror!

SOFÍA. Ya podeis conocer la suerte que me estaba reservada; y yo no tuve motivo de dudarlo, porque, mi indigno maestro, dejando á un lado toda simulacion, me felicitó un dia de mi suerte futura, recomendándose desde luego á mi proteccion. Al otro dia se esperaba al lord; yo no tomé consejo de nadie, y abandoné la quinta por la noche.

MORTON. ¡Pobre muchacha!... ¿Y cómo?...

SOFÍA. Un jóven vecino nuestro, á quien yo habia confiado mi situacion, ayudó y protegió mi fuga. No os negaré que me confié á él porque sabia que me amaba: sus ojos me lo habian dicho muchas veces; á lo menos él temblaba delante de mí... y esto me habia dado valor. Era la primera vez que ensayaba yo el poder de mis ojos, y ningun esclavo fué nunca mas sumiso y respetuoso. ¡Me amaba tanto!

MORTON. ¿Y tú?

SOFÍA. Yo... no.

MORTON. ¡Semejante conducta!...

SOFÍA. No digo yo que fuera buena; pero se trataba de mi honor, y en tan apurado caso la coquetería era virtud...

MORTON. Y bien... continúa.

SOFÍA. Llegué á Lóndres; me presenté en el teatro. La tragedia de Hamlet fué mi primera representacion, y... no podré esplicaros con que éxito, con que entusiasmo... Desde este dia ya no tuvo ne-

cesidad de proteccion. Humilde y pobre por la mañana; por la noche llena de orgullo y poderosa!... ¡Cuántos lores me adoraban de rodillas!... ¡Ah! y cómo les hice espiar las humillaciones de mi juventud! ¡Cómo me vengaron mis caprichos de los de la suerte! Todo mi placer se cifraba en eclipsar á mis antiguas y encopetadas compañeras de colegio; en ver á mis piés á sus esposos y sus amantes, que mis desprecios les restituian. ¡Nobles conquistas para ellas; nada para mi orgullo! Indiferente á tantos adoradores que nada decian á mi corazon, mi alma se ocupaba en la memoria del único ser que se habia interesado en mi suerte. Yo lo hubiera dado todo por encontrarle, por hacerle homenage de mis triunfos, para probarle mi reconocimiento.

MORTON. ¿Es posible?

SOFÍA. ¿Lo podeis dudar? Todo para el mundo, nada para mí, ni para la dicha; añadiendo cada dia nuevas conquistas á mi orgullo, que nada interesaban á mi corazon, hé aquí mi vida. Mis dias se deslizan entre los placeres, sí; pero en medio de tantos adoradores, no tengo ni un amigo siquiera.

MORTON. Te engañas: te queda uno que no te abandonará.

SOFÍA. ¿Vos?...

MORTON. Yo soy á lo menos el mas antiguo y lo seré siempre... Sí... todo cuanto me has dicho, todo te lo creo. Tu alma está poseida de una noble altivez, y la verdad vive en tu corazon: y á pesar de todos tus defectos, y quizá por ellos mismos, yo te estimo.

SOFÍA. Mis defectos... ¿tantos encontrais en mí?

MORTON. Sí... demasiados.

SOFÍA. Vos me los corregireis... ¿es verdad?

MORTON. Sí, te lo prometo.

SOFÍA. Yo en pago os corregiré los vuestros.

MORTON. ¡Ah! ¿luego yo tambien los tengo?

SOFÍA. Pero...

MORTON. ¿Muchos?

OFÍA. No; algunos: bien es verdad que no os conozco sino desde hoy.

MORTON. ¿Cuales son? Dímelos para correjirme.

SOFÍA. Vos sois el mismo honor, la probidad misma; teneis todas las virtudes.

MORTON. Mujer, yo creí que eras mi amiga y me adulas.

SOFÍA. Esperad... Pero estas virtudes no las practicais por vos solo ó por amor á la misma virtud, sois un poco, como yo, cuando estoy en escena; pensais en los espectadores, en la galería... y observais si os atienden.

MORTON. ¡Cómo!... ¿Será verdad?...

SOFÍA. Sí; la originalidad de vuestras costumbres y de vuestro traje, llaman sobre vos la atencion de todos, y á mí me parece que un sábio, como vos, debia huir la publicidad.

MORTON. Nadie me ha dicho hasta ahora tanto... Sin embargo, pudieras tener razon... ¡Es singular!

SOFÍA. ¿Qué es singular? ¿que tenga razon? ¿que una mujer pueda formar una idea justa?... Hé aquí otro defecto que nace de la buena opinion que teneis de vos mismo: esto, mi querido maestro, es vanidad, es orgullo.

MORTON. Es cierto: tú has penetrado, lo que yo no he podido esplicarme á mí mismo. Sofía, yo te habia juzgado mal; tú no eres una mujer frívola.

SOFÍA. Yo... Pues si hasta ahora no me he visto rodeada sino de gentes fútiles y necias. Pero hoy he visto ya un hombre de mérito y empiezo á formarme. Para alentarme en esta nueva senda, espero que me prometais visitarme de cuando en cuando.

MORTON. Vendré.

SOFÍA. ¿Frecuentemente?

MORTON. Todos los dias... cuando estés sola.

SOFÍA. Yo despediré á todo el mundo... ¿Os acordais de aquella invitacion que os hice para cenar conmigo esta noche y que vos renunciásteis?

MORTON. Ahora lo acepto.

SOFÍA. ¿Me lo jurais?

MORTON. ¿Para qué? La verdad es una y no necesita dos palabras.

SOFÍA. ¡Ah, cuán feliz soy! ¿Vendreis, os veré sin cesar?

MORTON. Esa será mi dicha.

SOFÍA. ¡Y vos que huiais de verme!...

MORTON. Porque te hallaba peligrosamente bella.

SOFÍA. ¿Y no lo soy ya?

MORTON. Sí; pero lo habia olvidado escuchándote.

SOFÍA. ¿Cierto?

MORTON. ¡Sofía!... ¡Si supieras!..

SOFÍA. ¿Qué?

ESCENA IV.

DICHOS, DARSI, que se detiene al ver los dos y se rie. Entra con un diario en la mano.

DARSI. Perdonad: este artículo del diario...

MORTON. Otra vez acabaré de esplicarte...

SOFÍA. ¿Y por qué no ahora?

MORTON. Otra vez. Adios, amiga, (Apretándole la mano.) Adios. (Vase por la puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

DARSI, SOFÍA.

DARSI. Perfectamente. Contádmelo todo. Estoy impaciente por saber los pormenores.

SOFÍA. Otra vez... ahora necesito estar sola.

DARSI. Para meditar nuevos planes: aquí estoy yo que os ayudaré como ya lo he hecho.

SOFÍA. (¡Qué fastidio!)

DARSI. Es necesario inventar otra estratagema para detenerle, para obligarle á quedarse.

SOFÍA. No es necesario, no se va; se queda á cenar con nosotros; me lo ha prometido.

DARSI. ¡Victoria!... ¿Cómo?

SOFÍA. Ya lo sabreis; yo os lo diré... Adios, adios... Dejadme obrar á mí... no os metais ya en nada. (Entra en su habitacion.)

ESCENA VI.

DARSI solo.

¡Que no meta en nada!... No; no se dirá que no he puesto nada de mi parte; y pues él cena esta noche con nosotros, yo me encargo de lo demás. Tendré alguna parte á lo menos en el honor de la victoria; ahora que está segura es el tiempo de mostrarse. Una circular á todos los amigos, gran cena, champaña, un banquete completo, nuestro Cuákero que cae vencido á los piés de Sofía... ¡cuadro admirable!... ¡Hola!... uno... (Llamando.)

ESCENA VII.

DARSI, TOBI.

TOBI. Ese bendito suegro, que á pesar de su indisposicion nos quiere ver hoy mismo casados!... ¡Ah! un señor escribiendo.

DARSI. ¿Quién es este nuevo criado que no conozco?.,. ¿No hace mucho que estás en casa?

TOBI. Acabo de entrar en este momento.

DARSI. ¿Sabes escribir?

TOBI. ¡Qué pregunta!... Sí señor, para serviros, tanto á vos, como á los demás de casa, que son tan buenos .. y nos tratan tan bien!... Decidme lo que quereis que haga.

DARSI. Sacar una docena de copias de esta carta, y luego me las llevarás á la sala, y te diré las señas que deberás poner.

TOBI. Sí señor, pronto concluiré.

DARSI. ¡Tiene despejo el muchacho!... Cuando me case le haré mi secretario ; buen empleo. En mi casa nunca se escribe.

ESCENA VIII.

TOBI, despues MORTON.

TOBI. Pues, señor, manos á la obra... Veamos lo que dice... «Amigo mio»...

MORTON. En ninguno de sus libros ha definido Ben-Jonhson la emocion que esperimento en este instante. Me parece que recibo una nueva existencia, que amo á todo el mundo.

TOBI. ¡Qué he leido! ¡Qué infamia!... ¿Y yo he de escribir semejante carta?...

MORTON. ¿Qué tienes, amigo Tobi?

TOBI. ¿Qué tengo, señor Morton?... Yo no lo sé... Pero me parece que quieren en esta carta burlarse de vos.

MORTON. ¿Qué me importa?

TOBI. A mí si me importa; yo, yo enseñaré á ese caballero, sea Milord ó no, cómo debe tratar al señor Morton, á mi bienhechor.

MORTON. Cálmate.

TOBI. ¡Y venirme á pedir que la copiara!...

MORTON. ¡Ah! te lo ha pedido... Debes hacerlo; es preciso ser útil á todo el mundo en cuanto sea posible.

TOBI. Pero vos no sabeis .. Es un complot contra vuestro carácter, del cual es autor un marqués, el Lord Darsi; y está á la cabeza de él una tal... Miss Sofía.

MORTON. ¡Cielos!

TOBI. Leed, leed y vereis.

MORTON. Te engañas Tobi, no puede ser... «Amigo mio, se prepara esta noche un chasco grandísimo al señor James Morton, y es necesario que asistais á él. Os convido en mi nombre y en el de Miss Sofía, que está á la cabeza del complot, á cenar esta noche en casa de dicha señora, y á asistir á la primera representacion del Cuákero amoroso, farsa filosófica en un acto.—Lord Darsi.» ¡Qué he leido! (Cae desvanecido en una silla.)

TOBI. ¡Ah! ¡Dios mio! señor Morton, ¿qué es lo que teneis? ¿quereis que llame gente?

MORTON. Calla... déjame solo.

TOBI. (¡Qué turbado está!... A pesar de sus principios.....) Señor Morton, si os parece que llame...

MORTON. No: esto no es nada, nada. Pero no podemos es-

tar aqui mas tiempo. Vé á buscar una berlina donde conducir al señor Patrik: Aquí te espero.

TOBI. Voy... ¡Dios mio!.. Yo tengo la culpa... Mi bienhechor, perdonadme el haberos advertido así, que se burlaban de vos... ¡Ah! vos no lo hubiérais tal vez conocido...

MORTON. Vé, vé, Tobi. En cuanto á mí no (Con dulzura.) esperaré mas tiempo. ¡Ingrata! no la veré mas... no, nunca... que sea dichosa á lo menos... este es mi único deseo... mi sola venganza. Marchemos... ¡Qué veo!... Es ella...

ESCENA IX.

MORTON, SOFÍA.

SOFÍA. ¿Dónde vais?

MORTON. Abandonaba para siempre esta casa.

SOFÍA. No puede ser: me habeis prometido cenar conmigo esta noche, y vos que sabeis guardar tambien vuestra palabra, no debeis faltar á ella.

MORTON. Es cierto: no debo faltar á mi palabra ni aun á mis enemigos. Pues bien, yo te suplico que me vuelvas la mia.

SOFÍA. ¿Hablais de vera?

MORTON. Sí.

SOFÍA. Entonces me guardaré muy bien de obedeceros antes de saber de qué proviene ese aire sombrío y amenazador. Decidme que es lo que teneis.

MORTON. Yo te lo diré: yo que no sé engañar ni fingir, te diré la verdad.

SOFÍA. Pues bien...

MORTON. ¿Y me dejareis ir luego?

SOFÍA. Sí.

MORTON. Pues bien: yo te desprecio: adios.

SOFÍA. Morton, Morton, no os vayais... (Deteniéndolo.) no... ¡Ah! ¿quereis reducirme á la desesperacion?..... Por piedad, esperaos.

MORTON. ¿Me detienes aun despues de lo que te he dicho?

SOFÍA. Ha sido para mi corazon un golpe mortal; pero

no importa. Mejor quiero sufrir vuestros desprecios que vuestra ausencia.

MORTON. ¡Ah! quien no te hubiera creido con ese acento encantador, con ese ademan suplicante... Quien quiera que tú seas, no me engañarás mas. La intriga es tu instinto, tu vida, tu ser: yo soy la misma franqueza. Antes de dejarte para siempre, te lo diré todo. El triunfo que tu vanidad deseaba, lo has conseguido al fin. Tú has logrado turbar mis sentidos, trastornar mi razon... Yo te amaba.

SOFÍA. ¡Vos!... ¡Gran Dios!...

MORTON. Sí, pérfida; sí, ingrata...

SOFÍA. Seguid, seguid... Todo puedo (Con alegría.) oirlo ahora.

MORTON. ¡Ella se rie de mis males aun!... No sabe lo que estoy sufriendo; no sabe que este corazon que no ha amado nunca, la adoraba á ella sola, y todo lo hubiera sacrificado, todo lo hubiera arrostrado por ella.

SOFÍA. ¡Ah! continuad.

MORTON. No, no halagaré mas tu orgullo: tu perfidia me ha vuelto á la razon, y ya no te creo: no te creo, porque te conozco... á tí y á ese lord Darsi.

SOFÍA. ¿Estais celoso? ¡Ah! yo le habia prometido casarme con él, es verdad; pero era si no encontraba otra persona á quien yo amase... y... me parece que estoy ya libre de mi promesa.

MORTON. No; esperas en vano abusar mas de mí; sé tu perfidia: toma... ve ahí la prueba.

SOFÍA. ¡Ah! ¿Por esto estais irritado?... ¿Nada mas que por esto?

MORTON. ¿Qué puedes responderme?

SOFÍA. Que esta mañana es cierto; pero ahora...

MORTON. ¿Y bien?

SOFÍA. Pero vos no me creeriais... tendriais razon... Mi conducta, mas que mis palabras, deben probaros si os amo. Dentro de poco espero que no lo dudareis: y despues, tú, mi protector, mi amigo, tú decidirás de mi suerte. (Se dirige á su habitacion, y en

el momento de entrar mira á Morton, al tiempo que sale Tobi, que ve á Sofía, mirando á Morton.)

TOBI. ¡Ah! ¡Dios mio!

MORTON. Tobi ¿qué es lo que tienes?

TOBI. ¡Ah! estas visiones que me persiguen por todas partes. Es ella, ella que todavía... Señor Morton, la berlina está pronta; vamos, vámonos pronto

MORTON. ¿Por qué?

TOBI. Porque mi cabeza no puede resistir mucho tiempo... Ella me persigue por todas partes; ella ó su imágen.

MORTON. ¿De quién?

TOBI. De aquella que encontré en una hermosa berlina, y luego rodeada de grandeza y de esplendor en el teatro... Era ella; yo la he visto; acaba de salir.

MORTON. ¡Sofía! (Con voz alterada.)

TOBI. No; es Catalina.

MORTON. ¡Catalina!

TOBI. La he conocido perfectamente: con aquel aire dulce y tierno, fijos sus ojos sobre los vuestros tal como ella me miraba cuando yo creia en sus juramentos.

MORTON. ¡Sus juramentos! ¿Los has recibido de ella?

TOBI. Sin duda.

MORTON. ¿Y ella se va á casar con otro?

TOBI. ¡Cómo!... ¿Casarse con otro?... Eso no puede ser, ella me ha dado su palabra. Iré á ver al que se quiere casar con Catalina; iremos juntos. Vos se lo contareis todo: le direis que si tiene honor y probidad, sino es un malvado, no debe ser cómplice de semejante perjurio.

MORTON. Tobi, tus derechos son sagrados; y quien quiera que tú seas, mis principios me dicen que faltar á un juramento ó ayudar á quebrantarlo, solo es propio de un inícuo. (¡Ah! no lo seré yo, aunque pierda mi felicidad.)

TOBI. Eso, eso es lo que se la debe decir.

MORTON. Bien; yo se lo diré.

TOBI. ¡Qué bueno sois!

ESCENA X.

DICHOS, DARSI, que entra por el foro con dos pistolas en una cajita.

DARSI. Cuákero, tengo que hablarte.

MORTON. Déjanos solos.

TOBI. Voy á ver si la encuentro, y es posible... (Entra en el cuarto de Sofía.)

ESCENA XI.

MORTON, DARSI.

MORTON. ¿Qué me quieres?

DARSI. Acabo de recibir una carta de Miss Sofía.

MORTON. ¿Y qué me importa?

DARSI. Me importa á mí: porque renuncia en ella mi mano, rehusa casarse con un lord, con un marqués; un par de Inglaterra... ¿por qué?... Porque dice que os ama, que os adora; que el reconocimiento, el amor... las frases de uso.

MORTON. ¡Será verdad!... ¿Estás bien seguro?

DARSI. ¿No lo sabias tú?

MORTON. No, seguramente.

DARSI. (¿Y soy yo quien se lo digo?... No me faltaba otra cosa!...) Ya comprendereis lo que yo pretendo. Yo creí engañar y salí engañado... Esta es una burla que hubiera hallado escelente, si la hubiese yo hecho; pero á la verdad no me gusta ser objeto de ella. Esto es cosa de un minuto; levantarnos la tapa de los sesos...

MORTON. ¡Bah!

DARSI. ¡Cómo bah!... Yo no encuentro un medio mas á propósito, y... me parece el mas saludable. Aquí están mis pistolas cargadas... nada falta. Vamos.

MORTON. Amigo... yo no (Con un movimiento de cólera que reprime.) puedo batirme.

DARSI. ¿Qué decís?... ¿que no podeis batiros?

MORTON. No, amigo: un cuákero no se bate nunca.

DARSI. Entonces un cuákero no debe tampoco enamo-

rar á la mujer que quiero: esto es lo cierto, y os batireis.

MORTON. No, no me batiré.

DARSI. Os batireis, ó diré en todas partes que sois el mayor cobarde de la tierra.

MORTON. ¡Ah, Seimur!... ¡Seimur!... (Toma la mano á Darsi y se la aprieta. Darsi hace visages de dolor.) Créeme, amigo, es necesario mas valor para soportar los insultos que para vengarse de ellos. Yo daria todo lo que poseo por tener otros principios solo por diez minutos, y poder acceder á tu ruego; pero me es imposible.

DARSI. Señor...

MORTON. Y para que aprendas á conocerme, ven, acércate... ¿Ves en el patio á treinta pasos de aquí aquel delgado arbusto? (Toma una pistola y dispara por la ventana.) Mírale ahora.

DARSI. ¡Cielos!... ¡le ha tronchado!...

ESCENA XII.

DICHOS, SOFÍA, TOBI.

SOFÍA. ¿Qué he oido? ¿Qué ruido es este?...

MORTON. Nada: era un argumento que le ponia á Milord, y creo que habrá conocido la consecuencia.

DARSI. Perfectamente.

SOFÍA. Respiro: me habia asustado de tal modo...

MORTON. Y pues ya te he probado que no me faltan fuerzas ni destreza, sabe que yo la amo, la adoro, y que no puedo ser suyo.

SOFÍA. ¿Qué decís?

DARSI. ¿Por qué?

MORTON. Mira: hé aquí la respuesta. (Señalando á Tobi.)

DARSI. Ese es mi secretario de esta mañana.

MORTON. Recuerda tus promesas, cumple (A Sofía.) con tus deberes, yo cumpliré con los mios. Nunca seré yo causa de que falte nadie á su fé.

TOBI. Sois muy bueno, señor Morton... pero... ya no es posible.

MORTON. ¿Cómo?

TOBI. Cuando me separé de vos, no me pude contener, y entré en la habitacion de Catalina... Perdonad, señorita, si os llamo aún así: esta es la última vez. Ella me lo contó todo; me confesó que amaba á uno, y que este erais vos... ¿Cómo podia reconvenirla?... En este momento entra Beti, corro á ella, la propongo casarnos mañana, esta noche, cuando quiera. ¡Pobre Beti!... Yo espero seremos dichosos... y... vengo á participaros que esta noche nos casamos entre ocho y nueve en la iglesia de Santa Margarita.

SOFÍA. ¡Buen Tobi!

MORTON. ¿Y qué te ha obligado á semejante sacrificio?... ¡Tú no eres cuákero!...

TOBI. Es igual... Soy un hombre de bien.

DARSI. ¡Qué estúpido!

MORTON. ¡Oh, Ben-Jonhson!... él es mas digno que yo de profesar tu doctrina.

TOBI. Señor Morton, ¿y el ser cuákero nos libra de pesares?

MORTON. Se aprende á soportarlos.

TOBI. Pues bien, yo me caso esta noche; mañana me hareis cuákero.

MORTON. ¡Qué!... Tú no tienes necesidad... Pero serás mi hermano, lo serás de Sofía; y cuando tú y tu esposa os reunireis con nosotros, yo te enseñaré mi doctrina.

SOFÍA. Y él aprenderá de tí á practicarla.